

La lección de morir es la mejor

Presencia del S. E. U. para la muerte

Terminada ya la etapa cruenta de nuestra Revolución, hemos de entender, con el mayor cuidado de equidad y pureza, lo que significa cada uno de nuestros Caídos. El ejemplo de su sacrificio se impone por sí sólo, habiéndonos de ocupar tan sólo de buscar y guardar sus nombres, que son lo único que corre peligro de perderse, ya que la sangre jamás se pierde. De ellos, el S. E. U. viene ofreciendo y entregando desde el año 1934, a la España de José Antonio, con plena voluntad, lo que hoy son listas interminables, datos y más datos de camaradas, de héroes, procedentes de las filas universitarias de toda España. Vidas que han de ser conocidas y veneradas, que se destacarán siempre aunque pretendamos ignorarlas y que representan hoy la "estabilidad" y "seguridad" de España, valores tocados por



lo sobrenatural, deber de falangistas. Saber morir es muy difícil, y el S. E. U. en la Revolución, en la Cruzada liberadora y en la Rusia bolchevique, con camisa azul o con guerrera kaki, ha demostrado saberlo hacer. Con hartura se ha dado en nuestras filas la lección de morir que es la mejor, y tal vez la única definición del hombre. Gracias a esta lección, que no se perderá estérilmente, y que no se dá por sentimentalismo patrioter, sino por una España eterna, podremos los españoles, más tarde o más temprano, de una manera o de otra, vencer todos los obstáculos que se nos enfrentan en nuestro nuevo camino. Cuantos camaradas han caído con nuestra espada y con nuestro hábito, nos están orientando desde el seno y la entraña de la tierra — geografía española o rusa — a que fueron devueltos heroicamente. Lo demás depende de los que conservamos la vida, tensos por su perdurable presencia.

Misión de la juventud universitaria en nuestra hora

ENTRE nuestras ideas fundamentales destaca una: la idea de servicio. Servicio — dice nuestra Falange — es el trabajo prestado con entusiasmo, con desinterés y con abnegación. En España hemos entendido las cosas, no como servicio, sino como función de servicio. Para nosotros, nuestra misión en el mundo fue una tarea puesta al servicio de la unión de España de la fe, y mientras nuestros teólogos en Trento salvaron la catolicidad, nuestras banderas se paseaban victoriosas por todo el mundo. Ignacio de Loyola, español, reformador de la Iglesia, que el organismo español incubió como propia defensa contra la invasión bárbara del luteranismo, dice en sus ejercicios espirituales, que el hombre ha nacido para servir y hacer obediencia a Dios. «Para servir... En España hemos entendido siempre las cosas así. La Falange revalorizó esta idea y la trajo al tapete del juego político. Siempre hemos entendido la vida como servicio, siempre hemos trabajado en ella como servicio, siempre hemos adoptado las cosas con sacrificio, encaminándonos, a ese servicio a la hora actual exigiendo de todos los estudiantes colaboración como servicio. Porque es muy fácil ser afiliado al S. E. U. o a Falange limitándose a cotizar regularmente, a leer unos artículos de periódico y figurar en un fichero. Eso, no. Hemos de decirlo bien fuerte: eso no basta. No queremos afiliados de fichero; queremos que todos vosotros os asociéis a nuestra tarea con calor y entusiasmo; que cada uno tengo un puesto de trabajo en nuestro Sindicato; que cada cual se interese directamente por nuestras cosas; que cada uno de nosotros se hermane con nuestra tarea diaria y trabaje y cumpla magníficamente con la idea falangista y española, con la idea de servicio. Es preciso que todos vosotros acudáis por vuestra cuenta a prestar vuestro apoyo, que no sea preciso ir a buscaros, que no lo regateéis, que estéis siempre en pie, en la posición del soldado, dispuestos al sacrificio máximo, dispuestos a la tarea magnífica del trabajo para aportar cada día un granito de arena a la obra de nuestra reconstrucción nacional. Así, si entendemos la vida como servicio, conseguiremos que la misión de España en el mundo se realice, que la misión de España sea una realidad plena.

Hoy nuestra misión de servicio tiene una descomposición lógica. Hay sectores donde nuestro servicio debe ser intensivo, completo. De una parte el estudio, porque es preciso que todos nosotros estudiemos con sentido verdaderamente práctico para que los mismos hombres que fueron capaces de ganar la guerra y de preparar la revolución sean también aquellos que desde los puestos de dirección y orientación del Estado puedan hacer la verdadera revolución Nacional-sindicalista. Es preciso que todos nosotros nos dediquemos con verda-

dero afán a la tarea de estudiar y que esta tarea de estudio sea completada con una acción de tipo político; una acción de aportación, de colaboración a la finalidad del Sindicato; de ampliación de la Universidad; de hacer una cultura mejor para unos españoles también mejores; una acción deportiva y de un sentido de milicia del que hoy desgraciadamente se carece. Una acción de ese sentido en nuestros centros, universitarios será en todo momento el mejor soporte, la base y sosten de las conquistas revolucionarias del Nacional-sindicalismo.

No constituirnos en realidad anticipada, sino ser la reserva firme, la base fuerte sobre la que la Falange haya de edificar los firmes pilares que sean base de la reconstrucción del gran edificio del nacional-sindicalismo.

Hay que estar en pie como el soldado. Esa es la actividad que corresponde a todo falangista, a todo militante del S. E. U., que tiene más obligación que otro cualquier camarada dentro de la Falange.

Hemos de hacernos dignos de nuestros infinitos caídos y de estos dos mil universitarios que, como dijo el camarada Arrese, Ministro Secretario del Movimiento, «están en vigilia de armas sobre la noche helada de los campos rusos.»

La voz total de España de llegar pronto o tarde, pero ha de oírse en el mundo. Europa y el mundo entero, además de la acción bélica, sufren una transformación espiritual. Todas las juventudes marchan en pos de algo nuevo, quieren romper con este estado de cosas decrepito, quieren derrocarlo y hacer que se hunda.

Tal vez — decía Ramiro Ledesma — sea la presencia de España la que dé sentido más perfecto y fundamental a las normas que darán días de gloria para las páginas de la Historia. Y esto que Ramiro Ledesma intuyó hace seis años, tiene que ser así porque nosotros — y esto también hay que decirlo muy fuerte para que la gente se entere — somos una generación con destino propio, una generación que nadie tiene derecho a juzgar.

Nosotros sabíamos perfectamente todo lo que nos había de ocurrir al principio de la guerra: sabíamos que nuestros mejores iban a quedar sembrando los campos de España: sabíamos que al acabar íbamos a estar maltruchos; pero sabíamos también que, ganada la guerra, podríamos hacer — firmes y fuertes — frente a todas las afirmaciones vanas y estúpidas de esa literatura de la post-guerra europea de Barbusse y de Remarque de que «estamos rotos, estamos deshechos».

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

Un artículo de Matías Montero

Corre el año 1934 y aún la Universidad Española se debate angustiada en la terrible incertidumbre de sus destinos.

Todavía se esgrime en sus claustros con tónica frecuencia el mito liberal como argumento. Todavía desentierra cierto sector escolar añejos ídolos jacobinos. Anhelantes de entusiasmo y llenos de emoción asistimos muchos a aquella etapa juvenil y española de los primeros tiempos de la F. U. E. En el ambiente polvoriento y turbio de la Universidad irrumpieron sus gritos deportivos cual anuncio feliz de días mejores.

Luego, nuestro entusiasmo se trocó en decepción; la F. U. E. se convirtió en refugio grato de arrivas, profesionales del profesionalismo, instrumentos fieles de quienes ligados por ocultos lazos a la política de las internacionales han hecho lo posible por poner nuestra Universidad bajo la hégida del compás y del triángulo.

Siglo y medio de liberalismo en España han convertido nuestras magníficas instituciones universitarias en recintos a los que concurren quienes desean un título profesional, sin que un concepto finalista anime sus existencias grises, sin que una idea misional alegre sus vidas estériles y egoístas.

Y por eso no es la Universidad el Alma Mater de la Patria. Le falta fe. No concibe la idea del sacrificio. Rehusa declarar que la vida es servicio. Y mientras las juventudes no emprendan la revolución universitaria, partiendo de estas bases serán estériles todos los esfuerzos que hagan por ella, pues únicamente se encuentra la Verdad cuando se emprende el camino del futuro con aire y modos de milicia, al servicio de la Pax Romana.

La voz del deber llama a cruzada a los universitarios. No hay que caer en el error racionalista de la Ciencia por la Ciencia. La Universidad no puede ser frío laboratorio de análisis e investigaciones. Ha de ser asimismo el lugar donde se encaucen nuestros impulsos por rutas de disciplina y abnegación, donde comprendamos la pequeñez de nuestro yo y lo supeditemos al bien del conjunto, donde aprendamos a forjar el Estado que mañana será el eficaz instrumento de que se valdrá el pueblo español para continuar su histórica misión ecuménica, universal, senda de la que fué desviado por teorías nacidas fuera de la Patria Hispánica.

Nuestra marcha en busca de lo Eterno será cobijada por los pliegues maternos de una bandera severa y universitaria, católica e imperial; la bandera que defendieron en todo el orbe los españoles cuando el Verbo habitó entre nosotros y teníamos fe en nuestros destinos. La bandera sagrada de la Eterna Roma.

Más cosas de los Tercios

Por MANUEL VELA JIMÉNEZ

MAESTRIQUE se ha rendido a las armas de España. Paseando la plaza, van los piqueros, morenos de todos los soles, curtidos por todos los aires y por todas las glorias. Al frente un sargento chatillo y renegro con aire de perdonavidas. En la plaza amplia, llena de atardecer y de sonsonete de espuelas, hay un patibulo con la última remesa de los ahorcados. ¡Buena la hubisteis flamencos la revuelta!

Hoy no andarían emberrenchinados por no tener blanca o porque sus ropas traídas flamencas de Italia, estaban, cuando mejor, zurcadas, sin color y como sujetas por afileres. No tendrían que meterse en belenes de hacer el aporche contra alguna puerta — el pan nuestro de cada día — o andar metidos en alguna ensalada de tiros, de la que sabe Dios — o el diablo — cómo saldrían; ni siquiera tendrá que entretenerse en jugar una partida al «ya te pagaré cuando cobre los atrasos» con algún alemánote de aquellos que los meravedises se les volían escudos de puro ahorradores. Hoy habría paz y dinero. Y si no, que se lo pregunten a los comerciantes, que son en éstos dibujos de los sacos los que pagan los vidrios rotos. Habría dinero que allana todo lo que ven los ojos o tientan las manos, y habría además, paz para gastarlo como mejor le pluguiera a uno. Y si te toca de centinela, rabia; que a mí me tocará mañana.

¡Viva España! Mesonero, haya buen vino, y aquí no ha pasado nada.

Ha entrado en el Mesón, con varios de los suyos, el alférez don Alonso Lope, del Tercio de don Pedro Paz. No te alteres patrón, que no vienen a armar jarana los españoles. Han dejado las armas por amor a unas jarras de vino. Sirvales del mejor que tengas, y han de agradecer-telo por los pocos o muchos días que les quedan de vida; que ellos estarán embrutecidos por la guerra, pero son de por sí agradecidos, y más en favores como éste que te piden.

El alférez don Alonso Lope — permítame el lector esta divagación hecha con el libro de la Historia por delante y sin faltar punto ni coma a la verdad — era hijo de un hidalgo toledano con muchas calderas en el escudo, pero que más eran los días de ella que de cordero. Con todo, acordaron enviar al muchacho cuando tuvo la edad a la Universidad de Alcalá para que saliera a trancas y a barrancas, cuando menos canónigo. Pero don Alonso, que a los latines y a la Teología prefería los otros capítulos de la gramática parda, dióle por no abrir los libros sin empeñar y por irse a correrla, una noche si y otra también, con ramerías, rufianes y demás gente de mal vivir. O sea que vino a estudiar para no saber. En vista de lo cual, decidieron sus padres casarlo con una doña Margarita marisa-

bidilla y atontada, que si no tenía escudos en el frontispicio de su mansión, en cambio los tenía — y abundantes — en el bolsillo; que en este mundo de Dios, ya lo dijo aquel gran socarrón, podían ser caballero es don dinero. Pero el balerosa de don Alonso, que tampoco se hizo el matrimonio — y no por castidad, precisamente, — se levantó un día con la sesera bien puesta y se alistó en los Tercios. Fué a Italia. De allí, a Flandes. Las pasó más crudas que maduras; y después de mucho bregar y templar herejes, con cinco cuchilladas encima y un balazo en el pecho, vino a dar en alférez de una compañía.

Pero dejemos de meternos en vidas ajenas y de sacarle los irapitos al sol a don Alonso, y vayan os al zipizape que en este punto y momento andaba metiendo con sus hombres en el mezon; que no parece sino que el vino para los españoles esté hecho con sol, con alegría y con canciones que nos florecen en los labios y en el alma apenas nos echamos un par de cuartillos entre pecho y espalda.

¡Vino, más vino, patrón!
¡Mehr Wein! ¡Mehr Wein! berreaba un «reitre» grandullón y sanote que siempre andaba metido en las grescas de los españoles.

Y a la segunda ronda ya estaba armado el fandango. Allí no se entendía María ni el santo que la fundó. Porque el atollondrado mesonero no era lo bastante diligente en el servicio, hubo división de opiniones; mientras unos juraban ahorcarlo por los pies; otros juraban hacerlo por la cabeza. Pero como todo tiene fin en esta vida, si no es la muerte, vinieron a aplacar e los ánimos a la voz de quien podía mandar y mandaba. Sonó una guitarra y se alegraron las canciones en la boca y los recuerdos en el corazón. Se juntaron dos mesas y, sobre ella, un arcubucero aragonés — de Alagón para más señas — bailó una jota brava entre el jaleo de los demás. Se le empezaba a tomar gusto a aquello.

Pero el demonio, que siempre anda zurciendo mal, hizo acaso que anduviera por allí, ayudando a su padre, el mesonero, en la tarea de servir jarras y más jarras a los soldados, una mocita de muy bien ver, sonrosada, pispireta y con dos trenzas rubias y espesas. Don Alonso, a quien las faldas le traían de cabeza, se encalabrín un tanto demasiado de ella y, ni corto ni perezoso, como el que tiene derecho al oro y al moro, le dijo no se que palabras bonitas y la requirió de propósitos nada honestos, al parecer. Pero la moza, que era virtuosa de por sí y poco dada a tales requerimientos, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le estrelló en la cabeza la jarra que llevaba en la mano, con toda la fuerza de su brazo, que debió ser más que regular, a juz-

(continúa en la página 3)